

Leo STRAUSS, *¿Progreso o retorno?*, Paidós, Barcelona, 2004.

Strauss es en la actualidad conocido por ser uno de los padres intelectuales de los neoconservadores norteamericanos que tanto han dado que hablar en los últimos años. Pero lo que aquí nos interesa son las contribuciones de este autor en la filosofía política. Autor, por otra parte, poco traducido y difundido en España –salvo su *Derecho natural e historia*, reeditado en el 2000–. En este volumen se recogen dos conferencias dictadas durante la década de los cincuenta en la Universidad de Chicago.

“El problema de Sócrates” es fruto de los años de investigación del autor sobre el personaje de Sócrates y su distinto tratamiento en Aristófanes, Platón o Jenofonte. Pero de lo que se trata es de fundamentar una tesis que Strauss explica en varias ocasiones: el conocimiento de los clásicos permite afirmar la existencia de problemas político-sociales perennes, así como repasar las respuestas a los mismos que se han ensayado con anterioridad. Así reinterpreta la controversia entre Sócrates y Aristófanes como correlato de la disputa entre filosofía y poesía y matiza la demonización que Platón en su República hace de esta última: Platón rechaza una poesía autónoma, independiente de la vida política.

Sócrates fue el primer pensador que superó una filosofía naturalista circunscrita a lo físico, tal y como la plantearon sus antecesores. Por eso cuando el pensar filosófico se centra en lo humano nace por necesidad la reflexión política, si la entendemos, en el sentido propuesto por Strauss, como un reconocimiento serio de lo humano (p. 67). Además, sin ese reconocimiento serio de lo humano no puede ascenderse a las cumbres de la filosofía. Esto lleva a Strauss a concluir que “lo político no es, ciertamente, lo más elevado pero es lo primero, porque es lo más urgente” ya que la filosofía “es ascensión de lo más evidente, masivo o urgente, hacia lo que es supremo en dignidad” (p. 77).

Strauss admira a Sócrates por haber descubierto lo que llama la “heterogeneidad noética”, es decir, por concebir la realidad como un todo constituido por clases o géneros de distinta naturaleza. Pero además Strauss reconduce la problemática política o humana a la polémica de las clasificaciones literarias: así, en Platón el problema del hombre es irresoluble desde una óptica no filosófica y, en ese caso, o el problema se resuelve de manera absurda (lo que origina la comedia) o bien lo hace erróneamente (la tragedia). En conclusión, esta primera parte del libro permite repasar la figura socrática utilizando las fuentes directas y demuestra la asiduidad con la que Strauss trata la filosofía clásica.

Más interés despierta, a mi juicio, la segunda parte del ensayo titulada “¿Progreso o retorno?”. Parte de una diferencia esencial entre el pensamiento judeocristiano y el ateo: para el primero el progreso es, en realidad, un retorno al Edén; para el segundo, el inicio es sólo barbarie. Con ello Strauss examina los hitos que marcan el desarrollo de la modernidad, que se encuentra explicada en función de dos traslaciones: de la naturaleza a la historia, de la distinción entre bien y mal a la de progresista y reaccionario.

A juicio de Strauss la modernidad pasa ciertamente por la imposición de la neutralidad axiológica, produciendo ese “desencantamiento del mundo” del que hablaba Weber. El problema es cómo compatibilizar el aumento del poder técnico con esa ausencia de valores: “Nada puede decirse de manera responsable sobre el correcto uso de ese inmenso poder” (p. 166) porque el hombre moderno es un gigante, pero está ciego. El autor caracteriza el pensamiento moderno con tres elementos: su antropocentrismo; el cambio en la orientación jurídico-moral ya que se traslada el centro de gravedad de la obligación al derecho subjetivo-; y el descubrimiento de la perspectiva histórica y el abandono de un orden natural, lo que conduce irremisiblemente al relativismo. Decisivo en el pensamiento moderno es la quiebra ilustrada con todo el pasado. Pero lo insostenible a mediados del siglo pasado (cuando escribe Strauss) es la idea de un progreso por acumulación y de carácter irreversible.

La pregunta por el retorno, que remite obligatoriamente al tema de la tradición, nos acerca también al problema de los orígenes de la civilización occidental: Jerusalén y Atenas. Strauss tiene más claro que algunos de los ponentes de la futura Constitución Europea que la cultura occidental parte de la tradición filosófica griega y de la tradición religiosa de la Biblia. Lo que puede resultar polémico es la insalvable distancia que para Strauss existe entre ambas, aunque sus reflexiones se circunscriben al judaísmo. De hecho su desacuerdo es tan radical que la vitalidad y el dinamismo occidental deben entenderse por esa eterna controversia. Puede señalarse que Strauss incurre en un racionalismo extremo desde la perspectiva filosófica y en un fideísmo sentimental desde la religiosa y al final mantiene esa disyuntiva contemporánea ante la que se encuentran los hombres: según Weber cada uno ha de elegir quién debe ser su Dios o su demonio, y Strauss afirma que es incompatible la vida filosófica (que parte de lo evidente) con la vida religiosa (que se inicia con un acto de fe). Pero debe decirse que es un acierto el destacar, sin complejos, estas dos raíces —de una importancia, por tanto, radical— de la cultura occidental.

*José María Carabante*